

PRESENTACIÓN DEL LIBRO “NUEVO PAÍS DE LAS LETRA” COLECCIÓN: LOS ROSTROS DEL FUTURO.

JUAN CARLOS ESCOTET

08 de diciembre de 2016

Presentar un libro es un peculiar obsequio para todos aquellos que aceptan ser testigos de la novedad. En algún momento, los que se congregan hacen silencio. Ese silencio, aun cuando sea de unos pocos minutos, significa muchas cosas. En primer lugar, sugiere la atmósfera en que se produjo su escritura. Invoca la concentración, la soledad, la lidia con las palabras que lo ha hecho posible. Pero hay más. Se trata de un silencio cargado de buenos deseos. Los que se reúnen, se regocijan. Comparten esa experiencia de júbilo que envuelve al libro en el instante en que se presenta ante el mundo. En todo libro nuevo hay una promesa, un ofrecimiento que se hace a los lectores. El libro quiere ser acogido. Ocupar un lugar, no tanto en la estantería de una biblioteca, como en la memoria, en la conversación de los lectores.

Pero además, todo libro quiere irrumpir. Provocar algún cambio en el estado de las cosas. En este Nuevo País Literario, ese apetito aparece multiplicado. No trae solo una buena nueva, que ya sería más que suficiente, sino una seguidilla de 34 anuncios. Pone en nuestras manos ávidas, en el radar de nuestra curiosidad, nada menos que la posibilidad de aproximarnos a 34 jóvenes escritores venezolanos que, además de la Patria venezolana y muchos años por delante para cumplir con sus respectivos propósitos, poco o nada tiene en común. El Nuevo país Literario es poliédrico, multiforme, atiborrado de las más matizadas tonalidades, posiblemente un país todavía inclasificable, incluso para los expertos.

Creo que lo que más impresión causa de estos 34 jóvenes es que son autores hechos, que han dejado atrás el tiempo del avance exploratorio y a tientas. Han publicado sus primeros trabajos, y están ya transitando, con distintos niveles de madurez, el camino de la obra plena que, en algunos casos, ya ha conquistado importantes reconocimientos dentro y fuera de Venezuela.

Más allá de la valoración, una a una, de las estéticas reunidas, hay algo de este volumen que no debería pasar desapercibido: la concurrencia de trayectorias tan distintas, de modos de entender el hecho literario, de visiones diferenciadas del mundo. El Nuevo País Literario está poblado de opiniones que pesan. De puntos

de vista que se enuncian de forma taxativa, de exploraciones personales que se enfrentan y se atreven a pensar la incertidumbre, el estado de lo colectivo, las controversias de nuestro tiempo. No solo hay literatura en estos 34 escritores, sino también lúcidas perspectivas sobre los asuntos públicos. Hay una condición de ciudadanía, que reconforta y nos carga de nuevos alientos.

No solo en Venezuela, sino en el planeta entero, está por responderse a la pregunta de si es posible revertir la extendida proyección que la indiferencia ha conquistado en las últimas décadas. Por todas partes, la apatía se instala incluso ante cuestiones que son posiblemente inaceptables. Hay una poderosa tendencia a ocuparse sólo de los asuntos más inmediatos, mientras los factores que competen a toda la civilización desaparecen en la bruma de lo que es responsabilidad de todos, es decir, de nadie.

Vencer la apatía supone, al menos, tres procesos que, más allá de cuánto despliegue encuentren en las instituciones y sus proyectos, en los medios de comunicación y las redes sociales, guardan un carácter personal. Son cuestiones que deben germinar y crecer en el fuero de la intimidad, mostrarse en los desvelos.

La primera de las cuestiones, el primer proceso, se refiere a la dimensión informativa: al espacio que las realidades como el alarmante avance del calentamiento global; las incalculables y mutantes formas de desconocimiento del Otro; la violencia doméstica y la violencia de género; la constante vulneración de los derechos humanos; el nacionalismo exacerbado y la xenofobia; las industrias de trafican con personas, sustancias ilegales o capitales provenientes de la droga y de otros ilícitos; repito, al espacio que estos temas ocupan en el pensamiento, en los intereses, en las rutinas entre los jóvenes como ustedes. La primera dimensión, como en cualquier otro asunto de la vida, se refiere a la obligación de estar informado de la marcha del mundo.

El segundo proceso, indisociable del anterior, se refiere a un factor más difícil de asir, que es el modo en que estos problemas, que planean como una inmensa sombra sobre el futuro, tocan o no la sensibilidad de las personas que ahora mismo recorren las primeras etapas de la vida.

Me acecha una preocupación: que problemáticas ahora mismo en crecimiento se experimenten como pura retórica, como temas más allá de nuestras posibilidades, que no es posible evitar y exhibir, pero que, al menos en este tiempo, no merodean alrededor de nosotros, y como no están a punto de saltar sobre nuestros hogares ni sobre nuestra cotidianidad, puesto que se nos presentan como realidades no tan próximas ni tan inminentes, las dejamos a un

lado, les damos la espalda, las posponemos no se sabe para cuándo, las delegamos a otro desconocido que ni siquiera sabemos si existe o no.

Cuando veo a mis hijos, y a los amigos y conocidos de mis hijos; cuando converso con jóvenes que trabajan esta organización, aquí o en otros países; cuando leo reportajes o informes que sintetizan los resultados de estudios de opinión que consultan a personas de vuestras edades, no puedo dejar de preguntarme si las racionalizaciones, si los conocimientos o las frases que traslucen comprensión, han logrado enterrarse más adentro, es decir, si se han convertido en emociones que les inciten ahora o más adelante, a actuar, a decir y decirse, algo hay que hacer.

Porque de esto se trata, damas y caballeros: algo hay que hacer. Hay que incorporar las problemáticas del mundo a nuestras lecturas; hay que sacudirse la tentación corriente de ocuparse solo de lo más inmediato y pensar en las cosas que están sucediendo; parece prudente, sino indispensable, proyectar el país y el mundo de los próximos años, que será, más que para otros, el lugar ante el cual ustedes tendrán algo que decir. A ustedes corresponderá opinar y escribir, reunirse y actuar en una sociedad cada vez más necesitada de ciudadanía y de ciudadanos.

Uno de los fenómenos, ciertamente lamentable, y que les concierne de forma directa, se refiere al estado de las lenguas en el mundo. Hace unos días leí un dato publicado en un diario de España, en el que se hacía esta estimación, referida al ámbito de la lengua española: está creciendo en nuestros países el número de personas cuyas existencias transcurren con menos de 200 palabras.

Tan grave es que haya familias que tengan ingresos por debajo de los niveles mínimos de subsistencia, como que sus vidas transcurran encerradas en 200 palabras. Les hablo de 200 palabras que deben servir para pensarse con respecto a los demás; 200 palabras para darle forma a los sentimientos; 200 palabras para traducir una realidad que segundo a segundo se desdobra en su creciente complejidad; 200 palabras para intentar sobrevivir en una economía cada vez más compenetrada con el mundo digital y de las nuevas tecnologías.

La gran paradoja, es que hay todo un caudaloso discurso que afirma, que la palabra ha perdido valor o importancia entre nuestro mundo. Pero, simultáneamente, cada día aumenta el número de personas que disponen de una o de más pantallas, por las que circulan trillones de palabras y millones de imágenes, no al día, sino hora tras hora. Vivimos en una época súper poblada de

signos, en el que todavía predomina, con considerable ventaja, la repetitiva corriente de las 200 palabras.

Este Nuevo País Literario tiene un atributo: está compuesto de miles y miles de palabras. Páginas y páginas de pensamientos, de variaciones, de juegos mentales, de anécdotas y de búsquedas creativas ante el hecho de escribir. Tiene una preciosa característica: frases completas, ideas desplegadas con claridad, enunciados que cumplen con todo un recorrido: van de principio a fin. No hay interrupciones, no hay atajos, no hay renunciaciones. Cada cosa se dice del modo más completo posible. Se pronuncia a plenitud.

Y quizás sea esa la más digna consigna que cabe aspirar para el futuro de nuestra entrañable Venezuela: un país en el que las personas dejen muy atrás las 200 palabras; un país donde los ciudadanos enuncian de principio a fin; un país donde las ideas recuperan el espacio que les corresponde; un país donde los escritores son reconocidos por las más significativas recompensas: lectores en estado de vigilia, debates que no claudican ante las primeras dificultades, ideas que tratan de proveernos de respuestas a los desafíos del porvenir

Muchas gracias por escucharme.

Juan Carlos Escotet Rodríguez